

Prisión/encierro en *El Sexto* de José María Arguedas y *El apando* de José Revueltas

*Prison/Confinement in Jose Maria Aguedas's El Sexto and in
Jose Revueltas's El Apando*

LAIZA SABRINA DE LA TORRE-ZEPEDA*
MARTHA ELIA ARIZMENDI-DOMÍNGUEZ**

Resumen. La experiencia carcelaria ha sido motivo para que algunos escritores externen la manera en que el correlato social es representado a través de la estructura formal de las novelas. Es el caso de José María Arguedas en *El Sexto* y José Revueltas con *El apando*. En estas obras se describen las aberraciones y la violencia que suceden dentro de una cárcel; se muestran las relaciones de poder donde el orden está regido por los presos; existe, entonces, la deformación de los valores. Por ello, se parte de la idea del encierro dentro de otra reclusión; es el cuerpo supliciado, aprisionado, que se desgarrar y destruye.

Palabras clave: Prisión, *El sexto*, Encierro, *El apando*, Estética de la violencia

Abstract. Some writers who have lived in prison have taken that experience as a reason for expressing how the social correlate is represented by the formal structure of the novels. That is the case of José María Arguedas's *El Sexto* and José Revueltas's *El apando*. In these works we can find the outrage and violence that takes place inside the jail, there we can find a kind of power in which the order is imposed by the prisoners, causing the distortion of all values. We are facing an enclosure within another enclosure, it is the body imploring, enclosing, torn and destroyed.

Keywords: Prison, *El sexto*, Confinement, *El apando*, Aestheticization of Violence

*Universidad Autónoma del Estado de México, México, laisiny@hotmail.com

**Universidad Autónoma del Estado de México, México, marthamza@prodigy.net.mx

La cárcel es un lugar que muestra la degradación del individuo; en este espacio se viven día a día el dolor, la angustia, el sufrimiento, los vicios, la violencia y la muerte; todo ello genera el encierro, que va más allá de las paredes que conforman una penitenciaría, es la prisión del propio ser reducido, deformado y privado de su libertad.

Las experiencias carcelarias han sido escritas a lo largo de la literatura, en este caso se expondrán dos ejemplos que, a pesar de la distancia geográfica de sus autores, muestran todo el dolor y la desesperanza que se vive en una cárcel. De este modo, *El Sexto*, del peruano José María Arguedas, y *El apando*, del mexicano José Revueltas, exponen la manera en que la libertad natural del ser humano se ve transgredida al llegar a la cárcel; la estancia dentro de ese sitio lleva a la ardua tarea de sobrevivir en un ambiente atroz, lleno de corrupción, de maldad y de abuso de autoridad.

Esta visión del mundo desde el encierro no pudo ser mejor narrada que desde la perspectiva de dos escritores, quienes experimentaron en carne propia la terrible vida de la prisión. Ambos encarcelados por cuestiones políticas, uno en *El Sexto* y el otro en *Lecumberri*. La vivencia de permanecer en el encierro hace que ambas novelas sean capaces de llegar hasta el interior del individuo y, de esta manera, sentir el dolor, el sufrimiento, la desesperanza de unos, la anhelada muerte de otros y la tan deseada salida de ese lugar: la libertad.

Es importante destacar que el escritor se construye a partir de su historia, de sus experiencias, aquel escenario que le tocó vivir y lo hizo transformar su visión del mundo, poner así sus fuerzas en conflicto y plasmarlas a través del texto literario. Por ello es que en la obra de José Revueltas se habla de una literatura comprometida, la cual expresa una realidad cruel, donde el sufrimiento es inherente a ella, como el propio autor menciona:

Escribo para comunicarme; para suscitar en los demás las mismas preocupaciones mías, las mismas angustias. Mi propósito es inquietar espíritus, si esto es posible; hacer que todos salgamos a la calle del mundo y miremos con sangre: nos envolvamos de las cosas, les pertenezcamos como ser colectivo y pactemos ese compromiso del hombre que es el hombre mismo y su reaprobación, su desenajenación de la inhumanidad que ahora pertenece (1981: 122).

José Revueltas nace el 20 de noviembre de 1914, año en el cual nacerían también eminentes escritores como Octavio Paz, Efraín Huerta y Julio Cortázar. Tuvo una tem-

prana participación en la política; identificado con la izquierda, su postura comunista lo llevaría a ser preso, con quince años de edad, en el Tribunal para Menores. En 1932 es enviado prisionero a las Islas Marías, de donde fue liberado después de cinco meses, por ser menor de edad; dos años después volvería a este lugar por realizar un trabajo organizativo en Nuevo León. En 1968 es uno de los dirigentes del movimiento estudiantil, motivo por el cual es enviado nuevamente a prisión, a Lecumberri, última cárcel de Revueltas, donde escribe *El apando* y *Dialéctica de la conciencia*.

El mundo carcelario de José Revueltas se encuentra siempre presente, marcó huella por todos aquellos días que permaneció preso dentro de las paredes de un centro penitenciario. Esto se ve en varios de sus textos, como lo muestra ya en su primera novela *Los muros de agua* (1941) y como se seguiría evidenciando más tarde con *El apando*.

José Revueltas perteneció a una generación que buscaba una transformación revolucionaria en la sociedad, la llamada *Taller*:

Si se toma en consideración el ritmo de las generaciones literarias, hay que decir que Revueltas pertenece, como Octavio Paz y como Efraín Huerta, a la generación de *Taller* (...) reaccionan con violencia en contra del *aperturismo* que domina, si no en toda, cuando menos en la porción más influyente de la generación de *Contemporáneos*, que es la que los precede. Creen que el arte debe estar vinculado con la transformación revolucionaria de la sociedad y que debe contribuir, dentro de sus limitaciones, a la realización de este cambio (Escalante, 1992: 201).

Por su parte, José María Arguedas fue escritor, antropólogo y etnólogo. Nació el 18 de enero de 1911 en Andahuaylas, Perú; su madre fallece cuando él tiene tres años. Su padre, juez, se vuelve a casar cuando Arguedas tenía cinco años. De niño recibe malos tratos de su madrastra y medios hermanos, lo que provoca que se refugie con los trabajadores de su casa, hecho que abre el panorama del infante y le muestra las circunstancias de marginalidad en que viven los indígenas:

Arguedas, al hablar de su infancia, necesariamente incluye el grupo de indios con el que convivió y compartió sus primeros años de vida. El lector conoce la infancia de un huérfano que vivió con indígenas pero también se aproxima a una configuración de la sensibilidad del escritor (Díaz, 1991: 31).

Este hecho es fundamental para la obra literaria de Arguedas, pues quedará impregnado dentro de sus letras y lo convertirá en un icono de la narrativa indigenista de su país, junto con Ciro Alegría y Manuel Scorza.

En 1931 muere su padre; sin recursos, Arguedas trabaja como auxiliar de correos hasta 1937, fecha en la que es encarcelado como militante antifascista en el presidio de El Sexto por casi un año; en ese lugar prepara su libro *Canto kechwa*. Ya libre, empieza a escribir *Yawar fiesta*. Luego continúa una prolífera labor literaria y el 28 de noviembre de 1969 se dispara dos balas en su despacho de la Universidad Agraria. Muere el 2 de diciembre.

Ambos escritores tienen en común la experiencia carcelaria que delimita el tema del encierro. Cabe destacar que, si bien las novelas son contemporáneas —*El sexto* es publicada en 1962 y *El apando* en 1969, con apenas siete años de diferencia—, exponen planteamientos diferentes respecto al tema del encierro. Esto se debe en gran medida a las posturas políticas y sociales que viven los autores. Mientras que en *Revueltas* se muestra dentro de sus páginas una postura comunista,¹ en Arguedas se expresan dos ideologías: el comunismo y el aprismo.²

De esta manera, en *El Sexto* se describen tres pisos: en el primero habitan los vagos, la escoria del lugar, aquellos seres errantes, locos, así como los que se dedican a la prostitución; son los que han perdido toda esperanza. Viven dentro de esta inmundicia El pianista, El japonés, El Clavel, quienes son maltratados por los ladrones y estafadores que habitan en el segundo piso, los dueños y amos de la cárcel: El Puñalada, El Rosita y Maraví. Por último, en el tercer piso se encuentran los presos políticos que se dividen en apristas y comunistas; hay también unos apolíticos, como Pacasmayo, quien llegó a la cárcel por circunstancias ajenas a la política, o el soñador e idealista, quien es la voz de esta novela, Gabriel.

¹ La postura ideológica de José Revueltas se encuentra permeada en su obra, en la que expresa una literatura materialista y dialéctica, lo anterior basado en lo que el autor nombra *lado moridor*, donde la realidad está sujeta a leyes que descubren en la decadencia de la superación dialéctica de la realidad.

² El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fue un movimiento creado en 1924 por Haya de la Torre para toda América Latina; consiguió soporte popular en Perú, donde se concretó y fue fundado en 1930. Con este partido se pretendía dar unificación política y económica a América Latina, la democratización de las instituciones políticas, la integración a la sociedad moderna, una reforma agraria, así como la planificación y diversificación de la economía. Ver http://www.apra.org.pe/historia_mov_continental.asp.

Sobre este espacio carcelario Antonio Cornejo Polar menciona: “La cárcel es el gran espacio que contiene otros espacios menores, dentro de una composición de enclaustramientos múltiples y, de alguna manera, jerarquizados” (1973: 165).

Por otra parte, en *El apando* se conforma un pequeño espacio de encierro dentro del encierro, es aquí donde se delimitan estratos de la sociedad, ya que estando presos en la cárcel se encuentran tres personajes en el apando: Albino y Polonio, dos traficantes de drogas quienes asumen el poder sobre el tercer hombre apandado, El Carajo, personaje peculiar: un tuerto que ya no espera nada de la vida y a quien no le interesa más que la autodestrucción, drogarse y perderse en sí mismo. Fuera de este apando, por una pequeña rendija, que permite mirar poco, se encuentran los monos, los celadores que “vigilan el orden” de este lugar, ellos también están encerrados.

Pestilencia, podredumbre de la sociedad reducida dentro de la prisión, con finales abiertos que no esperan nada ni auguran un cambio, como lo expresa el final de *El Sexto*: un nuevo opresor que sustituye a Puñalada después de que éste fue asesinado, anuncia la salida de la cárcel a Gabriel, imitando la voz del negro y grita como debería haberlo hecho éste al descomponer los apellidos de los presos que saldrían de la cárcel: “Qu’es d’ese Osbornòòò... bornòòòò (Arguedas, 1974: 169).

Con ello se demuestra que nada cambia, sólo Gabriel sale de este lugar, pero todo seguirá igual, el mismo control de los opresores sobre los oprimidos y la burla de aquellas autoridades que permiten el abuso. La cárcel es y será siempre la misma, como menciona Cornejo: “La cárcel se percibe desde el primer momento como un monstruo devorador, de ‘tétrico cuerpo’, que tritura y traga a los hombres” (1973: 165).

Lo mismo sucede en *El apando*: una riña entre Polonio y Albino con los monos, el aullido de El Carajo quien sólo pide su droga, nadie lo escucha, sólo se da la disputa y después de ella no hay algo. El tiempo permanece pendido en el vacío, lo que se espera es que todo siga el trascurso normal que se vive en una penitenciaría.

Colgantes de los tubos, más presos que preso alguno, Polonio y Albino parecían harapos sanguinolentos, monos descuartizados y puestos a secar al sol. Lo único claro para ellos era que la madre no había podido entregar la droga a su hijo ni a *nadien*, como decía ella. Pensaban, a la vez, que sería por demás matar al tullido. Ya para qué (Revueltas, 1980: 56).

El final desalentador de *El apando* muestra la sangre y la violencia derramada, ya no se espera algo, el encierro ha acabado con ellos, no hay escapatoria, pues los tres personajes yacen en un encierro total, el holocausto de su mundo interno les impide la salida.

Es importante considerar la caracterización de los personajes en ambas novelas. En *El Sexto*, Gabriel es el personaje principal de la novela, él es quien narra la historia. Concebido por sus compañeros como soñador e idealista, ayuda a los vagos, y es él a quien el yugo del Sexto cae con mayor rigor. Aprende de las dos posturas ideológicas y políticas que hay en el tercer piso de la cárcel: apristas y comunistas. Le duele lo que sucede en la prisión, pero más allá, le duele también el Perú. Es un personaje de lucha constante, como le dice Pedro: “Tú desde ese ‘afuera’ que dices, ves algunas cosas que nosotros no vemos, sigue tu camino” (Arguedas, 1974: 116). La novela termina con la salida de Gabriel, sin haber ayudado antes al niño Tulio cuando fue violado por los del segundo piso y convivir con Cámac y los demás presos políticos. En varias ocasiones se muestra el libre pensamiento de Gabriel y su ideal de lucha:

A un hombre con tantos siglos de historia, no se le puede destruir y sacarle el alma fácilmente, ni con un millón de maleantes y asesinos... Queremos la técnica, el desarrollo de la ciencia, el dominio del universo, pero el servicio del ser humano, no para enfrentar mortalmente a unos contra otros ni para uniformar sus cuerpos y almas, para que nazcan y crezcan peor que los perros y los gusanos, porque aun los gusanos y los perros tienen cada cual su diferencia, su voz, su zumbido, o su color y su tamaño distintos. No rendiremos nuestra alma (Arguedas, 1974: 80-81).

Otros personajes imprescindibles de *El Sexto* son los vagos, los paqueteros, quienes tienen como tarea limpiar los excrementos de los “amos” del segundo piso; son los vejados, los más atormentados, los locos o prostituidos, los que viven sin esperar algo, ni siquiera la salida de la prisión. Se encuentran en la inmundicia, la suciedad, entre heces y piojos, causan repulsión y asco, viven podridos. Son ayudados por los del tercer piso, pero la ayuda es nula cuando sus condiciones de vida recaen en estos seres capaces de ser asimilados como animales carroñeros. Entre éstos destacan El Japonés, El Pianista y Clavel.

En el segundo piso del Sexto, se hallan los seres más deplorables y violentos, los asesinos que sólo viven para oprimir a los demás y destruirlos hasta que no tengan el mínimo anhelo de una mejor vida, sin esperar nada fuera del encierro. Rosita, Maraví y Puñalada son los causantes del terror de esta prisión, de la podredumbre y la prostitución. Es Puñalada el más temido y odiado: “este negro gigante es un infierno amargo”

(Arguedas, 1974: 115). Las descripciones que a lo largo de la novela aluden a los maltratos físicos y mentales causados por los amos de la prisión reflejan toda la violencia, el dolor y el sufrimiento, el asco y el odio por estos seres sin escrúpulos.

En el tercer piso viven los presos políticos como Cámac, Pedro, el líder obrero, Torralba, Mok'ontullo, Fermín el zapatero, Don Policarpo Herrera, el piurano. Éstos cantan sus himnos apristas por un lado y la *Marsellesa* por otro, dos posturas políticas con un fin común: la libertad de su país. Ellos ven con aberración todo lo que pasa dentro la cárcel, sin que nadie les impida seguir con su ideal. Uno de los más notables es el compañero de cuarto de Gabriel, el indio Cámac, quien al morir unirá, al menos un instante, a la prisión entera en un merecido homenaje donde los himnos vuelven a sonar para despedirlo.

La postura ideológica de Cámac es importante porque muestra que a pesar del encierro físico que se vive en el Sexto, hay un lugar más allá, que nadie puede tocar, donde radica la libertad. Cámac es una luz de esperanza dentro de la oscuridad de la prisión; y es que cada individuo que habita este lugar le da un valor diferente; algunos pueden seguir, otros se pierden hasta la locura o se dejan llevar por la inevitable muerte.

Aquí, en mi pecho está brillando el amor a los obreros y a los pobrecitos oprimidos ¿Quién va a pagar eso? ¿La muerte? No hay muerte, amiguito. Sábelo; que eso te consuele como a mí. ¡No hay muerte sino para los que tiran para atrás! Esos nos joden pero están muriendo (Arguedas, 1974: 28).

Es importante mencionar que hay muchos personajes representativos de la novela y cada uno muestra, con muchas o pocas palabras, una gran enseñanza; expresan todo lo que se encuentra dentro de la cárcel y reflejan con más claridad lo que se vive dentro del encierro. Como lo que sucede con Tulio, éste muestra la violencia a la que fue sometido por los asesinos del segundo piso. Un niño de 14 años es llevado al Sexto por el supuesto robo de un anillo; al ser conducido a este nivel es violado y maltratado. Gabriel lo auxilia y le da todo su apoyo. A pesar de esa ayuda, la vida de aquel pequeño ha quedado marcada por la violencia y la vejación de los inhumanos amos de la prisión. Tulio sale pronto de la cárcel, con las heridas que aún sangran y con la visión de un infante que se va “contento”, porque le han prometido destruir a Puñalada.

Con todo el sufrimiento del encierro, existe un ángel que se pierde en no más de la mitad de la novela: “El ángel del Sexto”, un muchacho que llevaba el desayuno a los presos del tercer piso. Dentro de su saco guarda las cartas y regalos que los parientes y amigos dan para sus presos políticos, ayuda a las familias, les trae noticias; es él quien

los conduce a la realidad que se vive fuera de la cárcel, a veces cruel, otras alentadora. La historia del ángel del Sexto tiene una extensión de no más dos páginas, pero es importante, pues enlaza la vida entre la cárcel y lo que existe fuera de ella.

Por su parte, *El apando* inicia con los monos y las monas, éstos son los celadores, quienes dentro de la narración serán animalizados. Ellos, al igual que los que se encuentran en el apando, están también encerrados en la cárcel.

Estaban presos ahí los monos, nada menos que ellos, mona y mono; bien, mono y mona, los dos, en su jaula, todavía sin desesperación, sin desesperarse del todo, con sus pasos de extremo a extremo, detenidos pero en movimiento, atrapados por la escala zoológica como si alguien, los demás, la humanidad, impiadosamente ya no quisiera ocuparse de su asunto, de ese asunto de ser monos, del que por otra parte ellos tampoco querían enterarse (Revueltas, 1980: II).

Según Juan Eduardo Cirlot: “Los simios tienen un sentido general de fuerza inferior, sombra, actividad inconsciente” (2005: 314). Así, monos y monas son seres ignorantes reducidos a animales.

Probablemente no hay un solo texto de Revueltas en que la animalización no juegue un papel importante. Arañas, serpientes, monos, perros, escorpiones, piojos, zopilotes, saurios, aparecen algunas veces como presencias puras, y otras, la mayoría como términos de comparación o como adjetivas, pero están ahí como una de las manifestaciones permanentes que produce la obra (Escalante, 2006: 72-73).

Monos y monas son los primeros personajes que se presentan en *El apando*, son los que vigilan la prisión, pero su mirada ya no es humana; son animales, su presencia queda reducida, incapaces de guardar el orden, no son autoridad, sólo son parte de ese mundo sin valores y sin libertad.

La novela muestra la experiencia carcelaria, más aún, lo que se experimenta al estar dentro de un apando. Si ya la prisión representa el encierro, estar “apandados” es la total muestra del encierro del propio ser, ya que los encerrados se encuentran reducidos a la nada, en un pequeño espacio sin luz, en espera de que pase el tiempo, el cual parece detenerse en aquel lugar. Y es que el apando era el mayor instrumento de intimidación de la cárcel.

Dentro del pequeño apando se encuentran tres personajes, prisioneros en otra prisión más desalentadora que los imposibilita y los degrada hasta su propia existencia. El apando es el peor castigo para los castigados, no hay nada en ese lugar, por ello se intensifica la desesperación, y la añoranza de su única salida de todo: la droga.

De éstos destaca la figura de El Carajo, quien vive al límite, no le importa nada más que el momento, su único refugio es drogarse; es un ser aberrante, no sólo por sus características físicas, sino por la forma en que lleva la vida, sin ninguna esperanza. Se encuentra en un constante oscilar entre la vida y la muerte, por ello está al límite, atrapado y encerrado en su propio cuerpo al que destruye cortándose las venas para ir a la enfermería y arreglárselas para conseguir más droga. No sabremos su verdadero nombre, su apodo hace alusión a su forma de vida:

Ya que valía un reverendo carajo para todo, no servía para un carajo, con su ojo tuerto, la pierna tullida y los temblores con que se arrastraba de aquí para allá, sin dignidad... abandonado hasta lo último, hundido, siempre en el límite, sin importarle nada de su persona, de su cuerpo que parecía no pertenecerle pero que disfrutaba (RevueLTas, 1980: 15).

Tanto Polonio como Albino manifiestan su repudio por El Carajo y es la misma perspectiva que el narrador ofrece al lector: un ser maltrecho, carcomido, tullido; un cuerpo deforme, débil y decadente. Son personajes que se encuentran en la cárcel por ser traficantes de drogas y por la misma situación están “apandados”; ambos ejercen poder sobre El Carajo. De Albino se sabrá que fue un soldado, marinero y padrote; de Polonio, que se dedicaba al tráfico de drogas junto con su novia. Al estar “apandados”, éstos sólo idean la manera de introducir la droga al penal, su visión es corta y se reduce a la supervivencia dentro de la prisión.

Afuera de la cárcel están las tres figuras femeninas que representan el contacto con la vida externa: Meche y La Chata son las novias de Polonio y Albino, respectivamente, quienes llevan droga, pero cada vez es mucho más difícil para ellas; las “monas” les revisan hasta los genitales, por ello traman un plan, que sea la madre de El Carajo quien intervenga, ya que a ésta no la revisarán.

Dentro de la historia, la madre de El Carajo exalta esa figura decadente del hijo. Ambos llevan una relación enfermiza y, pese a que se repudian, la madre sigue visitándolo y dándole dinero para su droga. La madre “asombrosamente fea como su hijo con la huella de un navajazo que le iba de la ceja a la punta del mentón, permanecía con la vista baja

y obstinada, sin mirarlo a él ni a ninguna parte que no fuera el suelo” (Revueltas: 1980: 16-17). Odia a su hijo por haber nacido, lo repudia hasta desearle la muerte, pero deja que sea una muerte lenta, que ella misma se la propicie al seguirle suministrando dinero para drogarse y al aceptar introducirla al penal, llevándola dentro de sus genitales.

Ambas novelas tienen en común un espacio, la cárcel y todo lo que allí sucede, lo cual muestra la vida dentro de la prisión. Las anécdotas son diferentes, pero llegan al mismo fin: el encierro de sus personajes.

Así lo expresa *El Sexto*, en donde se narra con tal precisión, que se puede entrar a ese sitio penitenciario, ver el lugar casi en penumbra: “Cuando cesó el canto, el gran penal quedó en silencio, más órfico que siempre, como abandonado por alguna luz repentina. El cielo gris que el himno iluminó, alzándolo, empezó a caer de nuevo en el penal” (Arguedas, 1974: 110).

Por otra parte, ese constante olor fétido que tanto permea en la novela, será acompañado por otros recursos propios de la sinestesia: viento, ruidos, lluvia, para exaltar el ambiente del lugar.

Con la humedad de la noche y el viento, la fetidez del primer piso subía, invadía las celdas, iba a la calle; llegaba a todas partes, junto con el ruido de las cucharas que los asesinos del primer piso hacían tocar para marcar el compás de los vales, polcas y pasodobles. La fetidez ahogaba las celdas aquella noche: llovía (Arguedas: 1974: 49).

En la aparente brevedad de *El apando* se condensan el tiempo y el espacio, son pocos los personajes: tres “apandados”, tres mujeres, los monos y las monas. Destaca ese pequeño espacio que es el apando, en donde permanecen prisioneros, más allá de la cárcel, en su propio encierro, sin poder ver más que una pequeña parte del exterior, a través de la ventanilla de la muerte:

Polonio los miraba desde lo alto con el ojo derecho clavado hacia la nariz en tajante línea oblicua, cómo iban de un lado a otro dentro del cajón, con el manojito de llaves que salía por debajo de la chaqueta de paño azul y golpeaba contra el muslo al balanceo de cada paso. Uno primero y otro después los dos monos vistos, tomados desde arriba del segundo piso por aquella cabeza que no podía disponer sino de un solo ojo para mirarlos (Revueltas: 1980: 12).

El tema en ambas novelas es la prisión, se trata de una cárcel dentro de otra cárcel, el encierro que viven los personajes, tanto en el espacio penitenciario como el que experimentan en su interior, en su propio cuerpo, a partir de esa vivencia de sufrimiento, violencia y abuso de poder.

Los horizontes del *cuerpo aprisionado* en una realidad de la que no se puede escapar, son aterradores. Así pasa en las correccionales y con las leyes, hechas para que el “delincuente” ocupe los sitios de encierro. Pero ¿qué sucede con la prisión de la conciencia colocada en cada individuo? (Arizmendi *et al.*, 2011: 109).

El Sexto es la cárcel en la que se da el encierro, pero hay otra prisión. La reclusión de vivir en ese lugar llevará a los personajes a su propio encierro, cada uno lo vivirá de manera diferente, algunos añoran el día en que saldrán de ahí, a otros no les queda más que sobrevivir y otros más viven en la desesperanza sin ninguna ilusión; viven aprisionados en su cuerpo, que se desgarrar y se destruye.

El encierro como un castigo del cuerpo lleva a la degradación humana, caracterizada en *El apando* por El Carajo, quien es también como un animal que se arrastra, que aúlla, como se dice en la novela: “el horrible vicio de vivir, de arrastrarse, de desmoronarse como *El Carajo*” (Revueltas, 1980: 23). Por ello menciona Juan García Ponce: “El ‘apando’, ese sitio aislado, al que se busca separar de todo, es la celda de castigo en la cárcel, es la prisión dentro de la prisión, el último reducto en el que se niega la libertad” (1999: 149).

Como ya se dijo, el encierro en *El apando* se da también para los monos y las monas; no sólo es el encierro de los presos como en el Sexto; en este caso, la novela muestra que los hombres que se suponen están para vigilar y castigar, son también presa del encierro:

Tan estúpidos como para no darse cuenta de que los presos eran ellos y no nadie más, con todo y sus madres y sus hijos y los padres de sus padres. Se sabían hechos para vigilar, espiar y mirar en su alrededor, con el fin de que nadie pudiera salir de sus manos, ni de aquella ciudad y aquellas calles con rejas, estas barras multiplicadas por todas partes (Revueltas, 1980: 13).

La cárcel como encierro y lugar de degradación. La cárcel es la prisión donde se da un castigo corporal y mental; es entonces un mundo en el que se condensa la sociedad que vive encarcelada sin percatarse de este asunto cruel y desgarrador. El poder en la prisión es el que oprime y provoca la degradación de la condición humana.

Por otra parte, las relaciones de poder penetran en los cuerpos. En *El Sexto*, Puñalada, Rosita y Maraví son los que someten a los vagos del primer piso. En *El apando*, Polonio y Albino lo harán sobre El Carajo. Esta perspectiva de la represión sobre los cuerpos se muestra en *El Sexto*, al ver la degradación de los vagos, reduciéndolos a animales que ni siquiera dejan defecar o los prostituyen hasta llevarlos al límite de la locura; en *El apando* la degradación del cuerpo es provocada por el mismo Carajo, quien cuando ya no espera nada de la vida se deja conducir al límite, este personaje se quiere destruir y desgarrar, vivir para sí en la decadencia.

En ambas novelas se muestra que no hay orden en los castigos, ya que la función de la cárceles es corregir a los presos, según Evodio Escalante: “La cárcel es una demostración palmaria del espacio enajenado, un espacio concebido, para oprimir al hombre y no para confrontarlo” (1999: 159). Esa es la realidad de las cárceles, la opresión y el abuso de poder sobre el encarcelado hasta reducirlo y limitarlo, hacer que viva dentro de una atmósfera de encierro, que niega al ser humano llevándolo a una imagen degradada y animalizada.

El castigo tenderá, entonces, a convertirse en la parte más oculta del proceso penal. Cosa que entraña varias consecuencias: la de que abandona el dominio de la percepción casi cotidiana para entrar en el de la conciencia abstracta; se pide eficacia a su fatalidad, no a su intensidad visible, es la incertidumbre de ser castigado, y no ya el teatro abominable, lo que debe apartar del crimen; la mecánica ejemplar del castigo cambia sus engranajes (Foucault, 2009: 18).

En *El Sexto*, el poder no está en las autoridades del penal; se les permite a los del segundo piso que se apoderen y sean amos de la prisión, es así como los del tercer piso, aquellos presos políticos, queden como espectadores de esas conductas atroces. No hay arrepentimiento ni reformación, hay un cuerpo supliciado que se marca y se destruye. La prisión debería ser un proyecto de transformación de los individuos, crear nuevos, pero aquí no los hay, sólo se encuentra un mundo desolado. Vigilar el cuerpo para que esté haciendo lo que se le impone y castigarlo porque no hace lo que se le pide:

La prisión fabrica también delincuentes al imponer a los detenidos coacciones violentas; está destinada a ampliar las leyes y a enseñar a respetarlas; ahora bien, todo su funcionamiento se desarrolla sobre el modo de abuso de poder. Arbitrariedad de la administración (Foucault, 2009: 309).

La única arma de defensa para los presos políticos es su ideal, nada pueden esperar, nada cambia mientras exista ese mal gobierno que los tiene encerrados, víctimas de tan aterrador destino, en palabras que Revueltas expresa en *Los días terrenales*: “En el principio había sido el Caos, mas de pronto aquel lacerante sortilegio se dispó y la vida se hizo. La atroz vida humana” (Revueltas, 1992: 7). La prisión dentro de una cárcel es lo que se muestra como tema en ambas novelas; todo lo que sucede aquí, la injusticia, el abuso de poder, el reducir al hombre a un animal, el cuerpo violentado y la degradación humana, hace que este tema cobre fuerza y represente una realidad que se vive dentro del encierro.

El encierro ha sido abordado en muchas ocasiones, grandes textos emergen dentro de las prisiones, donde se muestra un enfoque de vida en la que sólo la lucha ideológica es la mejor arma de defensa. Lo anterior surge como producto de una sociedad de represión, censura y castigo. Para Aurelia Gómez Unamuno:

Al pensar en la literatura carcelaria como género, automáticamente hay una tendencia a asociarla con el testimonio, con el encierro por razones políticas, no sin cierto halo de heroísmo a través del sacrificio por una causa social o revolucionaria, particularmente dentro del contexto latinoamericano. Se asume, además, a la literatura carcelaria como una literatura marginada y gestada en circunstancias extremas (2012: I).

Tanto *El apando* como *El Sexto* se encuentran permeados por una violencia que se deriva del encierro. La manera en que se ejerce el poder en la cárcel y los estratos que dividen a ésta generan un cuestionamiento de los valores de la sociedad, puesto que la violencia es un síntoma de ésta. En este microcosmos carcelario se delata la forma en que se sobrevive al abuso de poder, las circunstancias son inhumanas y reducen a los seres a una barbarie, a la deformación de los valores y del cuerpo, por ello Revueltas destaca esos seres animalizados y deformes como El Carajo.

El cuerpo es de gran importancia en estas obras. Más allá del encierro físico se encuentra el encierro en uno mismo, el que habita en la cárcel se oculta en sí, es su único refugio en aquel lugar de degradación y violencia. Revueltas expresa ese acercamiento al cuerpo, busca aquel lugar recóndito de la cárcel que refleje aún más el símbolo de la inmundicia y, por supuesto, este es el apando.

En esta novela, *El apando*, la cárcel se convierte en la forma más evidente del poder, el encierro, el castigo corporal, son elementos represores de ese oscuro poder que se

extiende del individuo a la sociedad. La cárcel se convierte, así, en símbolo de la cárcel-ciudad, de la cárcel-mundo. Revueltas nos explica: “Escojo la cárcel como ambiente, es decir, ambiente simbólico. Porque la cárcel no es sino un compendio, una condensación de las sociedades. Las rejas para mí, las rejas de *El apando*, son las rejas de la ciudad, y las rejas del país y las rejas del mundo. La cárcel no es más que un reflejo condensado de la sociedad” (Pérez, 2012:1).

El cuerpo es una presencia importante para esta novela, por ello se hace énfasis en éste; así, se muestra degradado, mutilado o grotesco. El cuerpo de Albino se mueve mostrando un tatuaje de figura hindú que representa el Bien y el Mal, y se deja conducir con su danza del vientre a la “creación”, paradójica muestra de erotismo en medio de prisioneros y recuerdos de la Meche cuando es violada por una celadora:

Con las adecuadas contracciones y espasmo de los músculos, la rítmica oscilación, un espaciado ascenso, de la epidermis, y un sutil, inaprehensible vaivén de las caderas, para aquellos miembros dispersos y de caprichosa apariencia, torsos y axilas y pies y pubis y manos y alas y vientres y vellos, adquiriesen una unidad mágica donde se repetía el milagro de la Creación y el copular humano se daba por entero en toda su magnífica y portentosa esplendidez (Revueltas, 1980: 25- 26).

La utilización del cuerpo es esencial dentro de la novela, cada pequeño detalle se unifica como la anterior cita: la danza de vientre de Albino, los tatuajes, su significado y procedencia; el recuerdo de Meche siendo ultrajada por una celadora, la mirada cómplice de las tres mujeres, Polonio y El Carajo que observan a Albino hasta llegar al propio individuo encerrado y prisionero, cómplices de la violencia carcelaria:

El Apando es un discurso de violencia descarnada que despliega algunos de los inconvenientes más dramáticos de la incomodidad del “otro” con respecto a una de las ventajas de los procesos de modernización de América Latina: el mantenimiento del orden a través de la imposición de la ley y el confinamiento de las cárceles (Cavallin Calanche, 2012: 1- 2).

Revueltas fue siempre reprimido por sus luchas, pero nunca doblegado. Por ello, sus preocupaciones teóricas se vincularon al marxismo, aunque lo resume en pocas palabras: “lado moridor”:

Lado moridor, lo llama Revueltas, utilizando aquí una expresión que no ha tomado de algún manual de dialéctica marxista. La aplicación consecuente de este método, que él sostiene está en la realidad, pero que en un segundo momento él descubre o inyecta en la realidad, le permite perseguir los movimientos internos de este mundo, descubrir sus líneas de fuga, sus movimientos de descanso y degradación, y encontrar en esta degradación, en esta corrupción aparente, no una manifestación del mal en términos absolutos, sino un momento en el camino de la superación dialéctica de la realidad (Escalante, 2006: 20).

Para Evodio Escalante, Revueltas crea una literatura materialista y dialéctica, y esto lo explica desde la perspectiva de “el lado moridor”:

Este *lado moridor* de la realidad, en el que se aprehende, en el que se somete, no es otro que su lado *dialéctico*: donde la realidad obedece a un devenir sujeto a leyes, en que los elementos contrarios se interpenetran y la acumulación cuantitativa se transforma cualitativamente (2006: 19).

Edith Negrín menciona, en cuanto a la intertextualidad que existe en Revueltas respecto a *Los días terrenales*, que en éste se encuentra la visión existencialista de José Alvarado, Federico Engels y Arthur Koestler, entre otros autores, como Mauriac, del cual existe un planteamiento que permanece en *El apando*:

Mauriac hace suya en gran medida la concepción de Pascal, pero agrega una intensa preocupación ética, compartida por el novelista mexicano [...] Ambos narradores comparten asimismo una visión degradada del ser humano que con frecuencia se manifiesta en la animalización de los personajes (1992: 285).

En la dialéctica de Revueltas quedarán plasmados los ideales existencialistas y comunistas que, por supuesto, se expresan en *El apando*, a través de la marginación de sus tres personajes centrales; en la degradación que éstos experimentan se expresa lo que vive toda la sociedad; el espacio mínimo que es el apando, aquel que imposibilita hasta la entrada de luz y donde el tiempo no pasa, crea la violencia, autodestrucción del individuo que nada espera, no hay ya escapatoria, aunque se estuviera fuera de la cárcel todo seguiría igual. El hombre es su propio enemigo, por eso se hiere, se repudia y violenta.

Caso contrario sucede en *El Sexto*, los diferentes estratos en que se divide la cárcel logran vislumbrar personajes que aún tienen la esperanza de salir de ese medio atroz, no sólo se condensa el dolor y la desesperanza que sobrepasa muros, existe para algunos personajes el ideal, ya sea aprista o comunista, lo cual los ayuda a tener un motivo para luchar y desear salir de ese lugar.

El final puntualiza que todo seguirá igual, nuevos explotadores ejercerán poder sobre los más débiles; esa vida cruel que se tiene en el encierro permanecerá mientras el castigo siga siendo el mismo. La experiencia carcelaria que vivió Arguedas queda reflejada en Gabriel, quien al salir en libertad da fin a la novela. Se cierran las puertas del Sexto pero puede vislumbrarse su futuro, siempre caótico de destrucción y violencia. Esta vivencia carcelaria es lo que Ignacio Díaz Ruiz llama poética de la mimesis:

La realidad es la fuente de la creación. Cuanto más contacto haya tenido el hombre con la realidad, su obra será mucho más expresión de lo que es el hombre y al describir a un hombre de cualquier parte del mundo por ventura se está describiendo al hombre universal (1991: 19).

Diversas representaciones metafóricas muestran la violencia como modo de vida carcelario a partir de la ansiedad, la destrucción y la muerte. En *El Sexto*, algunos personajes no abandonan su compromiso ideológico a pesar de estar encarcelados; es una cruda experiencia que tan sólo impulsa su continua lucha.

La cárcel es el lugar en que los presos van a purgar una condena, la pena no cesa en ese lugar; ahí suceden los hechos más atroces, en vez de darse una readaptación del individuo y un reajuste de la conducta, la violencia es aún mayor, nunca termina, como lo hacen ver las dos novelas, dentro de cada una de sus páginas se manifiesta la violencia; la vivencia carcelaria es la purga máxima donde el orden está dado por los mismos presos, no por la autoridad que tiene ese cargo.

La manera de vigilar el orden en *El apando* se refleja en las últimas páginas de la novela, donde intervienen los monos y el comandante para poner fin a la trifulca que habían generado los “apandados”. Es importante destacar las formas geométricas que aluden al orden de la sociedad, de la ciudad y sus perfectas líneas que deben estar de manera armónica; los apandados vuelven a permanecer inmóviles, expuestos ante todos a los golpes de los monos:

En un diabólico sucederse de mutilaciones del espacio, triángulos, trapecios, paralelas segmentos oblicuos o perpendiculares, líneas y más líneas, rejas y más rejas, hasta impedir cualquier movimiento de los gladiadores y dejarlos crucificados sobre el esquema monstruoso de esa gigantesca derrota de la libertad a manos de la geometría (Revueltas, 1980: 54-55).

Conclusión

Ambas novelas reflejan, más que al espacio carcelario, a la sociedad atrapada y violentada. Tanto *El Sexto* como *El apando* encarnan la búsqueda de la esencia de la sociedad que se manifiesta a través del encierro carcelario; es aquí donde sucederán todo tipo de escenas violentas, en ocasiones escatológicas, crueles, capaces de llegar hasta la degradación y la muerte de los individuos. La miseria de este ambiente real que expresan es una denuncia contra el sistema carcelario y contra una sociedad oprimida, llena de violencia, que sufre dolor y angustia. Es una protesta sujeta hasta el encierro del propio individuo.

Bibliografía

01. Arguedas, José María (1974), *El sexto*, Buenos Aires, Losada.
02. Arizmendi Domínguez, Martha Elia, Jesús Humberto Florencia Zaldívar, Gerardo Meza García (2011), “Cada cuerpo una prisión en la obra de José Revueltas”, en *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núm. 69, enero-marzo, pp. 108-114.
03. Castañón, Adolfo (1995), *Arbitrario de la literatura mexicana. Paseos I* México, Vuelta.
04. Cavallin Calanche, Claudia (2012), *La estética de la violencia en El apando de José Revueltas*, <http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/elapando.html>, consultado el 2 de marzo.
05. Cirlot, Juan Eduardo (2005), *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Siruela.
06. Cornejo Polar, Antonio (1973), *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires, Losada.
07. Díaz Ruiz, Ignacio (1991), *Literatura y Biografía en José María Arguedas*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
08. Escalante, Evodio (2006), *José Revueltas: una literatura del “lado moridor”*, México, Conaculta.
09. Escalante, Evodio (1992), “Circunstancia y Génesis de los días terrenales”, en Evodio Escalante (coord.), *José Revueltas. Los días terrenales*, México, Conaculta, pp. 191-214.
10. Escalante, Evodio (1999), “Preposteración y alienación generalizada en *El apando* de José Revueltas”, en Edith Negrín (selecc.), *Nocturno en que todo se oye. José Revueltas ante la crítica*, México, Era, pp. 153-162.
11. Foucault, Michel (2009), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* [Aurelio Garzón del Camino, tr.], México, Siglo Veintiuno Editores.
12. García Ponce, Juan (1999), “La voz de la novela: *El apando*”, en Edith Negrín (selecc.), *Nocturno en que todo se oye. José Revueltas ante la crítica*, México, Era, pp. 149-152.
13. Garrido, Jaime Ramírez (1991), *Dialéctica de lo terrenal. Ensayo sobre la obra de José Revueltas*, México, Conaculta.

14. Gómez Unamuno, Aurelia (2008), *Encierros del cuerpo y devenires de la letra: Los discursos de lo carcelario*, en http://www.uam.mx/difusion/casadel tiempo/04_iv_feb_2008/casa_del_tiempo_eIV_num04_71_77.pdf, consultado el 2 de marzo de 2012.
15. Negrín, Edith (1992), “*Los días terrenales a través del prisma intertextual*”, en Evodio Escalante (coord.), *José Revueltas. Los días terrenales*, México, Conaculta, pp. 276 – 291.
16. Pérez Miranda, Gabriel (2012), *Cuerpo, poder y prisión: un acercamiento a El apando*, de José Revueltas, en http://www.lasiega.org/index.php?title=Cuerpo%2C_poder_y_prisi%C3%B3n:_un_acercamiento_a_El_apando%2C_de_Jos%C3%A9_Rrevueltas, consultado el 2 de marzo.
17. Revueltas, José (1980), *El Apando*, México, Era.
18. Revueltas, José (1981), *Cuestionamientos e intenciones*, México, Era.
19. Revueltas, José (1992), *Los días terrenales*, México, Conaculta.

Laiza Sabrina de la Torre-Zepeda: Licenciada en Letras Latinoamericanas y maestra en Humanidades: Estudios Literarios por la UAEMéx. Se ha desempeñado como profesora en el nivel medio superior, tallerista y gestora cultural. Ha publicado artículos en torno a la literatura hispanoamericana y ha participado en encuentros académicos nacionales e internacionales.

Martha Elia Arizmendi-Domínguez: Licenciada en Letras Españolas y maestra en Estudios Literarios por la UAEMéx. Doctora en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora-investigadora de la Facultad de Humanidades de la UAEMéx, en licenciatura y posgrado, profesora con perfil Promep desde 2006. Autora y editora de textos de ensayo y crítica literaria sobre César Vallejo, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Mario Benedetti, Mario Vargas Llosa y Élmer Mendoza. Autora de artículos en revistas nacionales e internacionales (Chile, Ecuador, España) con temas en torno a la línea de investigación del cuerpo académico al que pertenece. Organizadora y ponente en actos académicos nacionales e internacionales. Socia de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC). Miembro de la Federación Internacional de Profesores de Lengua y Literatura y del Comité Editorial de la revista *Didáctica XXI*. Representante del Cuerpo Académico Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea (siglos XX, XXI), de la Facultad de Humanidades de la UAEMéx.